

Valores fundamentales en un mundo en peligro

Anónimo

Extracto de un documento presentado por la Comisión de Valores Fundamentales del CEN del Partido Social Demócrata Alemán (20 de setiembre 1977).

La social democracia alemana ha dejado en claro en el programa de Godesberg de 1959, que el socialismo para ella no significa un estado final del desarrollo social, sino que significa una tarea permanente, y que la orientación de este desarrollo es definida por los tres valores fundamentales: libertad, justicia y solidaridad.

Socialista en el sentido de nuestro partido, es todo aquel que, en todas las situaciones se esfuerza por resolver los nuevos problemas en el sentido de estos valores fundamentales: ellos son la medida que tiene que utilizar en todas las decisiones políticas y en todas las medidas por tomar propuestas o en todas las nuevas instituciones. Para los socialistas democráticos estos tres valores fundamentales de la libertad, justicia y solidaridad principalmente son de igual valor: ninguno de ellos es un valor máximo al cual habría que sacrificar todos los otros, sino tienen que ser equilibrados en una forma que permita en lo posible crear un orden igualmente libre, justo y solidario.

Sabemos que estos valores fundamentales son más antiguos que el moderno movimiento democrático socialista. Están arraigados en los fundamentos filosóficos de la tradición europea, en la antigüedad, como en el cristianismo, incluyendo sus raíces judaicas, como en la filosofía de la ilustración. La social democracia no reclama estos valores en forma de monopolio y mucho menos concede a otro movimiento u organización una reclamación monopólica de estos valores. Pero, sí reclama, estar consciente, en manera muy particular, del hecho que vivimos en una sociedad de acelerados cambios, en la cual estos valores siempre renovados han de ser utilizados como medidas críticas. En el Marco de orientación 85¹ la social democracia se ha esforzado de derivar una serie de aplicaciones concretas de estos valores fundamentales en un análisis de los problemas sociales del presente.

¹Versión aprobada el 14 de noviembre de 1975 en la Convención del Partido Socialdemócrata de Alemania, realizada en Mannheim.

Las consideraciones que siguen tienen un objetivo más general: deben aclarar que nos encontramos en una fase histórica de cambios en la cual el actuar en el sentido de los valores básicos será más difícil que hasta ahora; y quieren enseñar caminos como se puede luchar por estos valores a pesar de ello y con cierta garantía de éxito. Para nosotros hoy en día se trata de la realización de nuestros valores fundamentales en un mundo en peligro.

I

1. Cambio de tendencia como lema de la Ideología Conservadora

Donde la política táctica se orienta en valores fundamentales necesariamente lleva a la crítica de lo existente y a la exigencia de reformas.

La política de reformas resulta de las tareas impuestas por los hombres trabajadores a la social democracia de realizar la libertad, la justicia y la solidaridad en la vida cotidiana de nuestra sociedad.

Una política reformista tal, siempre pone en cuestión ciertas estructuras tradicionales de nuestro orden económico, social y jurídico y hace inseguras actitudes de pensamiento y de comportamiento que se orientan en estas estructuras.

La política reformista de la social democracia ha empezado a eliminar privilegios sociales y jurídicos. Ya sea en la reforma del derecho de matrimonio y de familias, en la reforma de la ley de constitución de empresas, en la ampliación de la co-gestión de los trabajadores a través de la ley de constitución de empresas y de la ley de co-gestión, o sea a través de la reforma de la formación ocupacional, sea con la reforma de la ley de tenencia de tierra o del código penal, especialmente del artículo 218 y del procedimiento penal, en todo esto se trataba del objetivo de darle una mayor oportunidad de libertad solidariamente responsabilizada al ciudadano adulto y responsable, bajo condiciones jurídicas más justas.

Este concepto necesariamente despertó la dura oposición política e ideológica de todos aquellos que veían en peligro su posición de poder social. Son múltiples los intereses sociales y las razones ideológicas que desde un principio han llevado a una especie de acción concertada de los grupos más diversos contra la política reformista de reformas estructurales. La oposición, en parte, llevó a que las reformas no hayan salido completas. Cuando una crisis económica mundial no solamente puso en cuestión el concepto, sino además despertó el temor por perder lo alcanzado, esta resistencia se articulaba en el término de "cambio de tendencia".

Es función de este termino interpretar los efectos de las condiciones mundialmente cambiadas y dificultadas del actuar político y económico como consecuencia de la política reformista social demócrata, y concluir de esto el término de esta política para propagar la vuelta a recetas que son mucho menos adecuadas a las tareas puestas hoy en día de lo que eran en la fase inicial de la reconstrucción de la República Federal. Como también la política reformista requiere de tiempo para poder adaptarse a las nuevas tareas, sus adversarios pudieron unirse bajo el lema "cambio de tendencia" y han podido difundir ante una ciudadanía insegura sus viejos modelos de acción y de actitudes como salvación de la crisis.

Esta reinterpretación de un cambio histórico permitió a los adversarios de la política reformista de difamar el concepto de la democratización de la sociedad como la puesta en peligro de la libertad social, y de difamar la creciente autogestión del individuo como la disolución de la ética, de la moral y del orden. El CDU/CSU intentó, en parte exitosamente, de interpretar ante el público las crisis económicas y sociales de los últimos años como crisis de una política reformista falsa desde un principio. Así pudo aprovechar la situación total radicalmente cambiada después del otoño de 1973 para su política del mantenimiento de relaciones de dominación y jurídicas tradicionales. Hizo acompañar este proceso de la cimentación de estructuras de poder por una ofensiva ideológica. En ella, la aceptación formal de los valores fundamentales del programa de Godesberg como a saber libertad, justicia y solidaridad, desempeñó un papel importante. Esta modernización programática, sin embargo, no puede disfrazar el hecho que sirve de primera instancia a asegurar ideológicamente las relaciones de poder y de propiedad existentes. Así es que los mismos valores fundamentales que, tomados en serio, presionan por la reforma de nuestra sociedad, también pueden ser utilizados para impedir reformas, justo en el momento en que es imprescindible implantarlas.

2. ¿Qué es lo que realmente ha cambiado?

Desde la promulgación del programa de Godesberg en el año 1959, las precondiciones tecnológicas, económicas, sociales y políticas para una política del socialismo democrático han cambiado en forma decisiva.

- El sistema monetario mundial, la división de trabajo a nivel mundial y el comercio mundial se encuentran en un proceso de cambio rápido. La caída del sistema de tipos de cambios fijos era un síntoma de estas modificaciones. La función del dólar como moneda directriz, devaluado por la guerra de Vietnam se terminó. La monopolización de mercados, una política monetaria poco seria y otras

superestimaciones de la capacidad productiva en muchas economías nacionales llevaban a tasas de inflación mundialmente elevadas pero al mismo tiempo muy diferenciadas. De eso resultaban desequilibrios de balanzas de pagos y limitaciones del libre comercio mundial de los cuales a su vez resultaban tasas de desempleo cada vez más altas.

- La aplicación de la tecnología más moderna cambia el mundo industrial con creciente rapidez. La automatización, la elaboración electrónica de datos, nuevos materiales artificiales y la energía nuclear son ejemplos impresionantes de este proceso.

- Las consecuencias de estos cambios tecnológicos sobre las condiciones naturales de vida de los hombres y de la sociedad hacen ver los límites de la dominación y modificación tecnológica de la naturaleza. Primordialmente en las grandes ciudades hemos aprendido que algunos tipos de crecimiento pueden resultar en costos y daños que son mucho más grandes que las ventajas resultantes de ese crecimiento. La aplicación a nivel mundial y masiva de la tecnología nuclear para la producción de corriente eléctrica trae problemas similares y en forma más aguda. De eso resulta la pregunta general sobre la orientación y los objetivos del crecimiento económico.

- La visible escasez de algunas materias primas importantes se refleja en las estructuras económicas y sociales tanto de los países industrializados como de los subdesarrollados. El alza de los precios del petróleo también es un síntoma para el inicio de la lucha por una redistribución de las riquezas y del poder en el mundo.

- Millones de desocupados en los países industrializados, entre ellos un millón sólo en la República Federal, para los cuales no se pueden crear puestos de trabajos solamente mediante medidas de impulso meramente coyunturales, requieren de una política de empleo que se sirva de una multiplicidad de instrumentos de la política estructural, de la política distributiva, de la política social y de la política educativa.

- Mayores cargas a los sistemas de seguridad social y al mismo tiempo ingresos fiscales decrecientes causados por un crecimiento inferior llevan a problemas de financiación. Por ello está puesta en cuestión, la orientación de la política social en la extensión general de las prestaciones en vez de purificación estructural para la compensación posterior de injusticia y de daños sociales.

- La concentración gigantesca de capitales, de control de mercado, de conocimientos técnicos, organizativos y comerciales y además la organización en mercados parciales mundiales por empresas individuales encuentra su expresión en los consorcios transnacionales que no caben bajo las formas conocidas de las políticas económicas nacionales, comerciales, de la regulación de mercado, de la política tecnológica o del control público de las empresas. Un orden internacional que se basa tal como antes, en principio de estados nacionales soberanos, no es apto para cumplir con tareas que resultan de una interdependencia creciente en los campos económico, ecológico y político.

- La distancia económica entre los países industrializados y la mayor parte de los países subdesarrollados del sur aumenta aún más. Y los hombres empiezan a darse cuenta de lo problemático de la exportación de nuestras formas de vida técnico industrial, en el sentido de que esto pudiera ayudar realmente a los países subdesarrollados. De esto también resultan preguntas acerca de la orientación y objetivo de nuestro propio desarrollo tecnológico.

- En muchos sectores se ve que la continuación de tendencias hasta ahora existentes en el desarrollo económico técnico, puede peligrar un futuro humano. Los ejemplos para ello son:

- *La evacuación de nuestros centros urbanos,
- *La destrucción de nuestros paisajes,
- *La tecnificación de nuestro sistema médico,
- *El aumento de grupos marginales.

La interrelación casi ininteligible de hechos y crisis sociales e internacionales, tanto como la burocratización creciente de sectores de la vida, han cambiado la forma en la que los ciudadanos de la República Federal toman conciencia de la sociedad y de la política. Sociedades democráticas que necesitan de la información, de la aceptación de sus ciudadanos, se ven enfrentadas a un nuevo reto cuando quieren evitar el peligro que ideologías y doctrinas demagógicas y tontas, encuentren un eco positivo.

El programa de Godesberg se basaba en un crecimiento económico rápido y continuo. Hoy en día sabemos: Ni el progreso tecnológico, ni el económico se entienden por sí mismos, ni son libres de problemas. Y a pesar del relativo bienestar la conciencia de grupos importantes de ciudadanos está caracterizada hoy más que hace 20 años por inquietud, falta de seguridad y falta de orientación.

En esta situación crece en algunos la inclinación hacia un conservatismo que se pega en lo existente; en otros se impone el ansia por soluciones aparentemente radicales. En algunos grupos surgió un nuevo culto de la violencia que produjo un nuevo peligro para nuestro orden democrático: el terrorismo.

Siendo con frecuencia producto de aberraciones ideológicas y de desesperación personal, el terrorismo con sus ramificaciones mundiales ha hecho de la violencia destructiva una nueva realidad en la República Federal. El reto del Estado democrático de derecho, lleva al reclamo del ciudadano por más seguridad y los terroristas pretenden llevar al punto culminante los conflictos sociales, como consecuencia esperada de una provocada reacción demasiado dura del Estado a los actos de terror. Erróneamente se basan en que la mayoría de los obreros y trabajadores, de esta manera, se convertirá en adversaria del Estado y del orden social existente. Y lo contrario es verdad. Se ve que las fuerzas conservadoras y reaccionarias ante esta situación crecen, y ellas utilizan el terrorismo como argumento en favor de limitaciones de la democracia y del estado de derecho y como argumento para impedir reformas socio-políticas.

//

Sacudiendo la fe en el progreso

El efecto de los cambios sociales en la conciencia de los contemporáneos se expresa en la minación creciente de la fe en el proceso automático del desarrollo histórico. Sin embargo, fue esta fe la que desde la ilustración y la revolución industrial, es decir, desde hace 200 años, ha sido fundamento de todas las sociedades modernas o modernizantes, y que ha dado sentido a la vida de centenares de millones de hombres y esperanza temporal, aunque hayan perdido el fundamento de una comprensión religiosa del mundo y de la vida. La sacudida de la fe en el progreso, por ello, significa que estos hombres tengan que enfrentarse a los múltiples peligros y las dependencias no calculables de una sociedad cada vez más compleja y más interconectada mundialmente, sin la seguridad interna que les había proporcionado durante mucho tiempo una imagen del mundo optimista y ordenada.

Esta imagen del mundo se basaba en la doble experiencia del rápido desarrollo de los conocimientos científicos y de capacidades técnicas, por un lado, y la producción industrial, por el otro, y, además, en la tendencia clara de la aceleración de ambos procesos. La imagen del progreso científico, técnico y económico que en forma creciente aparentaba regular e infrenable fue traducida a la totalidad del

desarrollo de las actitudes e instituciones humanas, de las formas de sociedades y de Estado, por los grandes filósofos históricos de los siglos XVIII y XIX, desde Condorcet y Comte hasta Hegel y Marx: la Humanidad, de acuerdo con estos sistemas de pensamiento, debía de desarrollarse o en forma lineal y evolucionaria o en forma dialéctica, revolucionaria, ya sea mediante el progreso de la conciencia razonable, ya sea forzosamente por los intereses materiales, para llegar a tener formas de organización cada vez más complejas, que serían cada vez más favorables para la realización de la libertad individual, de la justicia social y de una solidaridad razonable. Inclusive fracasos como las crisis periódicas de la economía aparentaban a unos como nada más que pequeños contratiempos en un proceso de larga duración de la expansión interna e internacional de la economía y a los otros les aparentaba exactamente como las fuerzas impulsoras del nuevo progreso social a través de la lucha de clases.

El núcleo de la fe en el progreso que se impuso como imagen del mundo de la nueva era, era entonces la convicción que la automática del desarrollo científico, económico y técnico también favorecía y garantizaba la imposición de los valores humanísticos. Para el movimiento obrero democrático esta esperanza parecía cumplirse en el curso de su mejoramiento material y creciente seguridad social, logrados por su lucha sindical pero también dentro del proceso de la creciente democratización de la sociedad, fruto de su lucha política partidista. Al mismo tiempo, la fe en el progreso en amplias capas burguesas degeneró a la idea de que el progreso material y cuantitativo, no solamente era la base y la garantía, sino en sí la totalidad del progreso social. Sólo muy pocos pensadores importantes vieron con anticipación que el proceso de racionalización y burocratización del mundo moderno, tan exitoso económica y administrativamente, era al mismo tiempo un proceso de creciente concentración de poderes, aumento de dependencias y, por consiguiente, decreciente libertad de decisión personal. Sólo los choques históricos de nuestro siglo XX - las hecatombes de víctimas de dos guerras mundiales, los crímenes de masas de dictaduras modernas altamente organizadas en la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin, la miseria masiva mundial de la crisis económica de 1929 a 1932 y la amenaza mundial de aniquilamiento a tomar desde 1945 han estremecido y repetidamente minado la fe optimista en la regularidad de un progreso en el sentido humanístico. La irracionalidad en rabia con las armas de la ciencia y la complejidad tecnológica en el servicio de lo inhumano se han convertido en experiencias amargas de la generación que vive hoy en día.

Especialmente en el decenio pasado, fue descubierto cada vez más el carácter dudoso en el sentido de valores del progreso técnico-productivo: más allá de las

posibilidades devastadoras de la técnica de armamentos y de la técnica de la represión, se ha formado una nueva conciencia de los peligros de la destrucción ambiental y del término de algunas fuentes de materias primas y de energía, que se da cuenta de lo fácil que es que el desarrollo de las fuerzas productivas sea acompañado del desenfreno de fuerzas destructoras. Muy lejos de poder garantizar el progreso hacia formas de vida más humanas, el progreso técnico puede, según las circunstancias, hasta peligrar una vida digna de los hombres.

Finalmente, bajo la impresión de la crisis energética, de la recesión económica a nivel mundial, y de la creciente lucha distributiva entre los estados altamente industrializados y los países subdesarrollados, muchos hombres dudan sí y en qué medida, el progreso material en el sentido de crecimiento económico de los países industrializados, será del todo posible en el futuro. La confianza en el buen automatismo del progreso científico, técnico y económico ha sido reemplazada, por un lado, por la incertidumbre sobre su continuabilidad en el futuro, y por otro lado, por la inquietud acerca de los fenómenos destructivos que acompañan el desarrollo tecnológico y económico incontrolado. La pérdida de la certeza del futuro, que se deriva de ambas raíces, determina hoy en día como corriente mental el clima de toda discusión política.

Nadie puede restablecer esta certeza perdida. Pero también en el mundo incierto de hoy es posible lograr una orientación, poniendo en el centro la pregunta acerca de cuál tipo de progreso queremos implantar desde el punto de vista de nuestros valores. Esta orientación en una interpretación del progreso en el sentido de nuestros valores fundamentales - la libertad, la justicia y la solidaridad - nos mostrará que en un mundo cuya población en su gran mayoría vive en insoportable miseria, no se puede renunciar a progresos materiales que se manifiestan también en el crecimiento económico, y que, por lo tanto, hay que buscar caminos que permitan crecimiento continuo estimado al mejoramiento de la calidad de la vida. Esta orientación nos proporcionará al mismo tiempo medidas para el control consciente de los procesos tecnológicos y económicos en el sentido de un progreso humano. Lo que se expresó, hace años, por primera vez, en el lema de la "calidad de la vida", era el ansia creciente de los hombres por obtener medidas que fuesen más amplias y más humanas, que puros crecimientos cuantitativos. Sólo logrando conciencia acerca de estas medidas y sacando de ellas las consecuencias convincentes, controlando y corrigiendo la automática del desarrollo sobre esta base, el concepto del progreso puede obtener nuevamente un sentido digno de crédito, un proceso no automático, sino libremente deseado, un

concepto no limitado materialmente, sino lleno de un sentido humano y socialista...



1. ¿Dónde está puesta en peligro la libertad por tendencias económicas y tecnológicas?

En los años 70 se partía generalmente de la base de que las tendencias económicas y tecnológicas eran políticamente neutrales y que el Estado tenía la tarea de controlarlas y hacerlas útiles para el bien común. Señalamiento en el sentido de que la aceptación no crítica de estas tendencias podría peligrar la realización de los valores fundamentales casi no existía. La sociedad industrial siempre había visto en la renovación, en la producción, en la aplicación y la utilización de cada vez más complicados aparatos técnicos la condición previa para realizar el postulado liberal de la revolución francesa. Hoy nos estamos dando cuenta que de un proceso de desarrollo técnico industrial aceptado sin crítica como fuerza mayor se derivan amenazas serias de la libertad.

Las grandes industrias privadas y la investigación científica fomentada por el Estado están planeando, a largo plazo, mundos de milagros técnicos que luego se pueden convertir en hechos consumados. El debate público sobre esto se encuentra sólo en su fase inicial; todavía no existe una toma de decisión democrática sobre la orientación básica del proceso económico tecnológico. Enormes inversiones previas limitan las alternativas y con esto la libertad aún más y hacen que se les califique de disidentes a todos aquellos que no aceptan sin resistencia las normas dictadas por los expertos.

Cuanto más se complique la vida, cuanto más avancen la centralización de las decisiones, la concentración de poder en las burocracias del Estado y los grandes consorcios, tanto más difícil será crear posibilidades de participación eficiente y democrática del ciudadano. La idea unidimensional del progreso reduce la democracia a pura formalidad; el ciudadano activo democráticamente es visto cada vez más como un factor de irritación por los tecnócratas planificadores.

En las empresas y administraciones la exagerada división de trabajo y la centralización de decisiones tienen como consecuencia que los trabajadores y empleados pierdan cada vez más en cuanto a autodeterminación, competencia y margen de actuación dentro del proceso del trabajo.

Para asegurar las condiciones previas para el desarrollo económico tecnológico, y con el fin de compensar los daños y las injusticias causados por él, se han creado en todos los niveles de la organización estatal unas amplias burocracias que, aunque están al servicio del ciudadano, se enfrentan al mismo muchas veces como un poder anónimo. La creciente burocratización hace del ciudadano cada vez más un objeto de medidas estatales.

En donde se disminuye cada vez más la calidad de la vida a nivel comunal, por ejemplo, por políticas destructivas de tránsito y de saneamiento, por reformas territoriales burocráticas y administración lejos del ciudadano, el libre desenvolvimiento de la vida ciudadana y democrática es dificultada cada vez más.

La mayor amenaza de la libertad, parte del hecho de que las tecnologías cada vez más costosas, complicadas y peligrosas hacen necesarias medidas de seguridad cada vez más costosas y presentes. En casos como el de la energía nuclear, donde hay que hacer imposible a toda costa cualquier accidente o ataque terrorista, o donde tecnologías de información modernas y métodos de vigilancia ofrecen la posibilidad de una vigilancia casi total del ciudadano, está en peligro la libertad. Si no queremos que se realice la horrible visión del "estado nuclear" los hombres no deben someterse al proceso de desarrollo económico tecnológico. Deben dirigir el empleo de la técnica de acuerdo con los criterios de la humanidad y de la razón social y ecológica. En esto los demócratas y sobre todo los socialistas democráticos tienen la tarea de proporcionar a tiempo un foro para la discusión racional y la dirección y orientación del desarrollo.

2. ¿Cuáles son las tendencias económicas o tecnológicas que conducen a menos justicia?

La esperanza de poder superar injusticias sociales en nuestra sociedad a través de crecimiento económico continuo, de ingresos fiscales crecientes continuamente y las prestaciones sociales del Estado financiados a través de ellos, se ha mostrado errónea. Si bien hemos podido lograr otra vez tasas de crecimiento (1976: 5.6%), después de una fase de estancamiento y de decrecimiento de la actividad económica, esto no nos permite suponer que las tasas de crecimientos posibles en los próximos años restablecerán automáticamente el pleno empleo. La escasez de recursos públicos lleva al mismo tiempo a que las dificultades de financiación de los sistemas de la seguridad social, de la previsión médica y de la educación seguirán creciendo. Por ello se profundizan aún más los desajustes sociales existentes y se crean nuevas injusticias.

El problema más urgente es el de desempleo. Las nuevas inversiones privadas están en su gran mayoría relacionadas con racionalizaciones y en algunos sectores, como por ejemplo en la industria electrónica, en las profesiones de oficina, etc., se producirán más racionalizaciones todavía, lo que producirá un desempleo importante inclusive habiendo crecimiento económico continuo. Si no logramos poner en la práctica trabajos hasta ahora no realizados, como por ejemplo en el campo de servicios sociales, y si no logramos distribuir en forma más justa el volumen del trabajo social total, produciremos un grupo marginado de desocupados eternos; muchos jóvenes pierden sus chances del futuro y los primeros inicios de la emancipación de la mujer, pobres en su totalidad, y relacionados con la oportunidad de actividad profesional, serán destruidos completamente.

Aumenta el peligro de la desolidarización de la sociedad en su totalidad y en particular, de los trabajadores, y con ello surge el peligro que algunos grupos relativamente privilegiados, extiendan sus privilegios sin consideración de los socialmente más débiles. La política social tradicional por sí sola no será capaz de evitar estas profundas injusticias. Todo lo contrario. Con cada vez mayor claridad se demuestra que una política social compensativa que no trata de superar injusticias fundamentales en la sociedad, ni los efectos destructivos de condiciones de vida y de trabajo inhumanas e insociales, sino que trata sólo compensar estas desigualdades, será cada vez más costosa, más burocrática y más ineficiente. El intento de salir de las dificultades existentes por crecimiento económico forzado dentro de los márgenes tradicionales del sistema industrial, lleva a nuevas injusticias y a la profundización de las peligrosas disparidades ya existentes.

La política del crecimiento tradicional siempre significa, también, política de fomento de concentración y por lo tanto, significa discriminación de las empresas pequeñas y medianas y de sus trabajadores. Además acrecienta la desigualdad de las condiciones de vida entre las áreas de congestión y las áreas estructuralmente débiles y provoca un mayor abismo entre los países pobres del Tercer Mundo y los países industrializados ricos. El consumo rápidamente creciente de recursos naturales no renovables y la continua destrucción de nuestro ambiente natural y social están a punto de quitarles la oportunidad a las generaciones venideras, especialmente en los países pobres, de vivir en paz bajo condiciones humanamente dignas.

3. Sociedad de competencia y de solidaridad

En nuestra sociedad que garantiza al individuo igualdad jurídica general con todos los otros, la desigualdad real es justificada en la mayoría de los casos señalando rendimiento diferente y recompensas diferentes, como son las indemnizaciones y las utilidades. Las desigualdades sociales existentes en nuestra sociedad por ello son justificadas, sobre todo señalando la utilidad social diferente de los aportes de individuos y grupos. El principio del rendimiento vale como principio decisivo de distribución de posiciones y oportunidades sociales. Como en este sistema la desigualdad social refleja desigualdades naturales, el rendimiento individual o del grupo precisa jerarquía dentro de la sociedad regida por la división del trabajo. No hay conciencia de que en ello se está utilizando un concepto de rendimiento muy limitado y que es el poder económico el que define lo que es rendimiento. Por ello es estimulado unilateralmente el deseo del individuo de dominar a otros. Un concepto de rendimiento tal, justifica una forma de la competencia que favorece al exitoso con ventajas económicas y sociales, sin que se pregunte si sus éxitos fueron logrados en el interés de la sociedad o a costa de ella. El trabajo es transformado en un instrumento con el cual uno trata de superarse en la lucha de competencia contra todos los otros. El interés propio, no negado por nadie, cobra, sin embargo, un valor propio tan alto, que otros valores del hombre contrapuestos a él obtienen mucho menor oportunidad de realizarse. El marco de orientación 85 dice:

El concepto tradicional de rendimiento se despreocupa casi totalmente del contexto social de la actividad humana. Valúa primordialmente el rendimiento individual medido solamente en otros rendimientos individuales. Es expresión de un principio de competencia exagerado, es decir, de la lucha de todos contra todos. El deseo de la sociedad y de todos los que viven en ella por colaboración y ayuda mutua no es satisfecha (1.7).

Todas las imágenes del hombre que se basan en una idea unilateralmente individualista mutilan las oportunidades humanas. Tenemos la tarea de ligar el interés propio del hombre - que no se niega - con su conciencia de solidaridad y su deseo por solidaridad que tampoco se puede negar, así que resulte para el individuo y la sociedad, para el prójimo y para los que están más lejos, la máxima utilidad. Es una tarea creativa de la actuación política de orientar y fomentar la voluntad de rendimiento personal del individuo, de tal manera, que no se dirija contra los hombres sino que se oriente en la colaboración con otros hombres y en el servicio a otros, y de tal manera aumente al mismo tiempo la utilidad personal y la utilidad social.

Es más urgente esto en la medida en que la sociedad en competencia está en peligro de perecer por la suma de sus egoísmos, es decir, en que perderá inclusive su éxito material cual siempre es señalado para justificarla.

IV

1. Crecimiento y valores fundamentales

Los países industrializados gobernados democráticamente de Europa Occidental, Norte América y Japón han vivido en el cuarto de centena después de la Segunda Guerra Mundial un crecimiento sin ejemplo por la producción y la productividad. Esto no solamente ha logrado un aumento ejemplar del estándar de la vida en esos países, sino también la ampliación importante de la seguridad social y de los derechos sociales, han contribuido al mantenimiento y la extensión de los derechos políticos liberales. El aumento paralelo del despilfarro irresponsable en las sociedades capitalistas de consumo de masa y los peligros acelerados por ella de la destrucción ambiental y del término de recursos naturales han hecho reaccionar una parte del público contra el "fetichismo de crecimiento". La discusión sobre el futuro de la energía nuclear en parte fue conducida bajo el lema "¿más crecimiento o más seguridad?".

La pérdida de la confianza en el automatismo del progreso material y la reflexión sobre un concepto del progreso orientado en valores fundamentales, necesariamente tienen como consecuencia que el crecimiento económico para nosotros hoy en día, ya no puede tener el papel central de único criterio del progreso, que había tenido hasta la mitad de los años 60. Pero el hecho de que no debemos confundir el crecimiento con progreso, no se deriva automáticamente de que los chances para una política, en el sentido de los valores fundamentales, estén independientes de todo crecimiento económico. En una sociedad sin crecimiento económico, todas las luchas distributivas se agudizan necesariamente, no sólo aquellas entre trabajadores y empresarios, sino también aquellas entre trabajadores con ingresos fijos, y otros con ingresos sujetos a contratación colectiva, es decir, entre trabajadores industriales y los asalariados en el sector servicios, o entre los países industrializados y los países subdesarrollados. En una sociedad con luchas distributivas agudizadas, se hace más difícil realizar la justicia y la solidaridad y, cuando los conflictos se agudizan cada vez más, también peligra, según todas las experiencias, la libertad. Tanto como una política orientada en valores fundamentales no puede tener como objetivo un crecimiento máximo poniendo en segundo plano todos los otros criterios, también es seguro que desde el punto de

vista de los valores fundamentales, un mundo sin chances para el crecimiento económico sería un mundo en peligro.

2. Más oportunidades para la libertad por descentralización y democratización

Los límites del crecimiento que se vislumbran hoy, los límites de los recursos del sistema de prestaciones sociales, de la posibilidad de planear políticas, de financiar los presupuestos públicos, la crisis ecológica, los peligros relacionados con el desarrollo y la utilización de la energía nuclear, el papel de los consorcios transnacionales, la inflación mundial y el desempleo, todos estos problemas globales del presente y otros más, limitan el margen de actuación de gobiernos nacionales. Los estados nacionales no disponen de competencias y medios suficientes para poder resolver los citados problemas solos y con sus propias fuerzas. En vista de esta situación es necesaria la creación de unidades supranacionales integrales y el control democrático de los mismos. El partido Social Demócrata Alemán apoya el proceso de la integración europea y la labor de las Naciones Unidas y sus suborganizaciones.

Nadie puede responsabilizarse a esperar hasta que tales instituciones y otras similares hayan sido creadas. Es necesario que nos esforcemos con urgencia también en los niveles locales, regionales y nacionales. Además la creciente creación de organizaciones e instituciones en niveles superiores entrañan el peligro de que la política sea aún más ininteligible para los individuos, que sea aún menos influenciable para ellos. El valor fundamental de la libertad requiere que se compense esta tendencia por la descentralización y democratización de los procesos de formación de voluntades y decisiones. La creación de más posibilidades concretas de participación para los ciudadanos en las áreas que les pertenezcan, por lo tanto, se ve reforzada por el postulado de una política social demócrata, orientada en valores fundamentales.

El prejuicio, que anteriormente muchos tenían, también muchos social demócratas, que una realización más justa, más razonable de la vida, sólo era posible a través de la creación de mayores unidades de planificación y de mayor centralización de decisiones, se ha visto en muchos casos como obstáculo para la solución de problemas en forma racional y humana. El creciente traslado de decisiones en las cúspides de burocracias anónimas de consorcios y del Estado y la paralelamente creciente complejidad de la vida no siempre ha llevado a una eficiencia superior, y, además, entraña un peligro serio para la libertad y la democracia. Si no logramos trasladar las competencias de decisión más hacia los afectados y si no logramos simplificar los temas para ser enjuiciados políticamente por los ciudadanos, en una

forma que permita al ciudadano asumir responsabilidad en forma concreta, nos iremos a una era de dominación no democrática sino tecnocrática. La participación democrática sólo es posible cuando los problemas por decidirse políticamente por el ciudadano individual en principio son supervisibles y por lo tanto decisibles.

Por eso necesitamos la descentralización de las estructuras de la toma de decisión donde ello sea posible y justificable y un refortalecimiento de la autoadministración comunal. La centralización exagerada tiene como consecuencia que las decisiones se tomen sin tener en cuenta las necesidades de los afectados, que se creen burocracias improductivas, lejos de los ciudadanos, y que el individuo no pueda asumir responsabilidades concretas en el Estado y la sociedad. Aquí está una de las fuentes de los conflictos en los que se basa el lema de la "ingobernabilidad" de estados industrializados altamente desarrollados, porque:

"La disposición del ciudadano de responsabilizarse solidariamente con decisiones tomadas, será tanto más grande cuanto más transparentes sean los procesos de la formación de voluntad y toma de decisión, y cuanto más posibilidad de participación en la formación de decisión tenga" (OR 85, 2.4.9).

Naturalmente, casi ningún socialdemócrata tiene la ilusión de que todos los problemas de nuestra sociedad pudieran ser resueltos a través de democracia directa en comunidades pequeñas y autónomas. No se pueden resolver muchos problemas económicos, sociales y ecológicos sin una formación centralizada de consenso y de organización. Pero la formación centralizada de consenso y márgenes de tolerancia para decisiones descentralizadas no se excluyen mutuamente. Una centralización razonable puede aportar a que se creen espacios para autoorganización y estructuras de decisiones populares. Por otro lado en muchos casos puede ser más eficiente y también más democrático, arraigar la razón social y ecológica en las pequeñas unidades mismas a través de la modificación de los criterios de decisión y de las estructuras internas, que forzar esta razón desde afuera por excesivas normas centrales e instancias burocráticas de control y de intervención. Vale decir esto tanto para el sector económico en el que se pueden instalar con éxito nuevas formas de la cogestión y de la socialización con estructuras descentralizadas de decisión tanto como para la participación de los ciudadanos en los procesos de planificación en los municipios o las comunidades.

Nuestro Estado necesita por un lado fortalecer su capacidad de gobierno y por el otro activar la responsabilidad de todos sus ciudadanos, grupos y organizaciones. Por un lado requerimos de la actuación estatal fundada en la experiencia y la

disposición de tomar decisiones políticas, y por el otro requerimos una amplia diferenciación de los niveles sociales de esta actuación. Por ello se requiere una estructuración federal, una estructuración de competencia y colaboración para los niveles de la actividad política: de las comunas o municipios y los sistemas parciales de la sociedad vía regiones y estados al Estado Nacional y de allí hacia formaciones supranacionales...

3. Política social preventiva como forma práctica de la solidaridad

En las fases iniciales del movimiento obrero, solidaridad significaba practicar autoayuda a través de la alianza en la lucha y renunciando a ventajas personales directas, significaba asumir deberes en la comunidad y defender a los débiles. Hoy en día, La social democracia entiende la solidaridad, sobre todo, como un esfuerzo para evitar la miseria. Es esta la tarea primordial de una moderna política social...

...En un mundo en que por las relaciones económicas, tecnológicas y ecológicas se forma una creciente interdependencia entre hombres y estados, La solidaridad no puede confinarse a los límites nacionales. La solidaridad interpretada como mutua responsabilidad, producto de esta interdependencia, cobra entonces necesariamente una dimensión europea y global.

En la solidaridad no se prolongan los intereses propios, sino se eliminan. En un mundo sensible a perturbaciones, nuestra solidaridad con los débiles está en nuestro propio interés. La solidaridad se convierte en condición previa para la sobrevivencia de todos. De ello, se deriva la necesidad de una redefinición de nuestra actitud, frente a otros estados y sus pueblos. En Europa, esto ha sido logrado en parte, en cuanto a las relaciones con los países subdesarrollados, queda por lograr todavía. Para ello, se requiere una conciencia política del ciudadano. En este campo debemos corregir los descuidos del pasado rápidamente. Los partidos y el gobierno no pueden más salirse de esta responsabilidad y dejarla a otras instituciones y grupos como por ejemplo las iglesias...

V

La puesta en práctica de una política orientada en valores fundamentales

Quienes anhelan un orden social en el que los hombres orienten sus vidas en los valores fundamentales de la libertad, la justicia y la solidaridad, no pueden tratar de lograr sus objetivos a través de la coerción, de la seducción emocional o de la manipulación; no podrá apoyarse en manipulación burocrática o autoritaria o en una fe ciega en la autoridad. Sólo a través de una amplia información de una

razonable discusión, y de una forma de colaboración con iguales derechos y de una solidaridad voluntaria, podrá ponerse en práctica la política del socialismo democrático.

Esto significa que:

- Una política orientada en valores fundamentales no se puede realizar únicamente a través de ejercer influencia en las instituciones estatales o comunales, a través de legislación, gobierno y administración, es decir de "arriba" hacia "abajo", tiene también que realizarse a través de información, concientización, movilización, y mayor participación de los hombres de todos los sectores de la vida, es decir de "abajo" hacia "arriba".

- Una política orientada en valores fundamentales debe partir de los intereses diarios concretos y de las necesidades de los hombres y de allí otorgarles influencia sobre la conformación política de la sociedad en su totalidad. "El trabajo de confianza" social demócrata en todos los sectores del pueblo y en todos los campos de la vida social, por ello, no es solo otro término para propaganda partidista, sino es una característica de la política demócrata socialista; no es solamente un instrumento, sino es un fin en sí mismo.

- Una política orientada en valores fundamentales que anhela un nuevo orden social caracterizado por más libertad, más justicia, más solidaridad debe ser basada en el cambio de las actitudes prácticas diarias en las propias filas.

- Una política orientada en valores fundamentales no debe olvidar nunca que el camino político debe corresponder al objetivo político, no debe olvidar que la finalidad no santifica los medios sino que hay medios que desvalúan cualquier finalidad.

-